

Stefan
Zweig



Romain
Rolland

Acerca de este libro el propio Stefan Zweig escribió:

«Este libro no sólo quiere ser la exposición de una obra europea, sino que quiere significar, sobre todo, la profesión de fe hacia un hombre que resultó la más impresionante experiencia moral para mí y para muchos en nuestra época histórica. Moldeado en el espíritu de sus biografías heroicas, que demuestran la grandeza de un artista —siempre en la medida de su humanidad y de la consiguiente influencia sobre la elevación moral— concebida en este espíritu, el presente libro ha sido escrito como demostración de gratitud por haber experimentado, en nuestra época perdida, el milagro de una existencia tan pura. Recordando la soledad de aquella acción lo dedico a los pocos que en la hora de la prueba de fuego han permanecido fieles a Romain Rolland y a nuestra santa patria: Europa».

BIOGRAFÍA

«Las olas del corazón no se levantarían tan bellamente, y su espuma no se convertiría en espíritu, si no se les opusiese la vieja roca muda: el destino».

HOELDERLIN.

I. OBRA DE ARTE DE UNA VIDA

Los cincuenta primeros años de la vida de la cual se hablará en este libro, están íntegramente en la sombra de una obra solitaria, anónima y elevada; los años siguientes están en medio de una hoguera mundial provocada por la apasionada discusión europea. Difícilmente otro artista de nuestro tiempo ha obrado en mayor anonimato, con menor recompensa y más solitario que Romain Rolland hasta poco antes del año apocalíptico, y seguramente no hubo desde entonces otro autor más discutido. La idea de su existencia resulta, en verdad, visible sólo en el momento en que todo se conjura para aniquilarla.

Pero el destino tiene la tendencia de dar formas trágicas a la vida de los grandes. Prueba sus mayores fuerzas en los más fuertes, opone violentamente a sus planes el contrasentido de los sucesos, entreteje sus años con alegorías misteriosas, traba su marcha para robustecerlos en lo justo. Juega con ellos, pero es un juego sublime, pues siempre la experiencia es provechosa. Los últimos poderosos de este mundo, Wagner, Nietzsche, Dostoievski, Tolstoi, Strindberg, han recibido del destino, junto con sus propias obras de arte, aquella vida romántica.

No ha sido distinta la vida de Romain Rolland. Es heroica en un doble sentido, pues sólo tarde, contemplando desde lo alto de la perfección, se manifiesta el sentido de su construcción. Lentamente se ha formado una obra, porque luchaba contra un gran peligro. Tarde se revela, porque tarde se concluye. Profundamente cimentado en el firme basamento del saber, con piedras oscuras de años solitarios como fundamento, aporta a la figura creada la refundición pura de todo lo humano, endurecida en los siete fuegos de la prueba. Pero debido a tal raigambre en la pro-

fundidad y a la fuerza de su gravitación moral, es justamente esta obra la que puede permanecer inmóvil en el huracán mundial desencadenado sobre Europa, y mientras otros monumentos que admirábamos se desploman y caen con el mundo tambaleante, ella permanece libre *au-dessus de la mêlée*, sobre el tumulto de las oposiciones, como faral para todas las almas libres; un aspecto consolador en el caos del tiempo.

II. INFANCIA

Romain Rolland nació en un año de guerra, en el año de Sadova, el 29 de enero de 1866. Clamecy, lugar natal del novelista Claude Tilliers (el autor de *Mi tío Benjamín*), lo vió nacer; un pueblo de la Borgoña por lo demás poco conocido, antiquísimo y que con los años ha llegado a la mayor calma; allí vive tranquilamente la familia Rolland, que pertenece a la vieja burguesía y es respetada. El padre, en su calidad de escribano público, se contó entre los honorables de la villa, mientras que la madre, beata y seria, vivía desde la muerte trágica de una hijita, desgracia a la que nunca se había podido sobreponer, dedicada exclusivamente a la educación de dos hijos: el niño delicado y su hermanita menor. La atmósfera quieta de la burguesía intelectual, encierra en aquel tiempo el círculo de la vida diaria, pero en la sangre de los padres se hallaban los contrastes remotos del pasado francés, que aún no se han conciliado. De la parte paterna, los antepasados de Rolland fueron luchadores de la Convención, fanáticos de la Revolución, que sellaron con su sangre; de parte de la madre heredó el espíritu jansenista, el sentido de investigación de Port Royal; de ambos, pues, la misma fe en opuestos ideales. Y esa disensión secular y archifrancesa del amor religioso y de las ideas de libertad, de la religión y de la revolución, resultó fructífera más tarde en el artista.

Rolland menciona en *Antonieta* algunos aspectos de su primera infancia, la que transcurrió a la sombra de la derrota de 1870; la vida tranquila en la ciudad tranquila. Habitaban los Rolland una casa a la ribera de un canal fatigado; pero los primeros entusiasmos de ese muchacho apasionado, pese a su débil constitución, no procedían de ese mundo estrecho.

Desde lejanías desconocidas y desde un pasado inconcebible le elevó un ímpetu enorme, y a temprana edad descubrió el idioma de los idiomas, el primer gran mensaje del alma: la música. Su cuidadosa madre lo inició en el piano. Los sonidos fueron formando el mundo infinito del sentimiento, traspasando pronto las fronteras de las naciones, pues mientras el alumno penetraba curioso y seducido a la esfera espiritual de los clásicos franceses, vibraba en su alma joven la música alemana. Él mismo cuenta en la forma más hermosa cómo le llegó ese mensaje. *Teníamos en casa cuadernos viejos con trozos de música alemana. ¿Alemana? ¿Sabía yo lo que significaba esa palabra? Creo que en nuestra región nunca nadie había visto un nativo de ese país... Abrí los viejos cuadernos y los deletreé, tecleando en el piano... y esas pequeñas acequias, esos pequeños arroyos de música que humedecían mi corazón, se infiltraron y parecían desaparecer en mí como la lluvia absorbida por la tierra. Bienaventuranza amorosa, dolores, anhelos, sueños de Mozart y Beethoven, que se han convertido en mi carne, yo los he incorporado, son míos, son parte de mí... ¡Cuánto bien me han hecho! Cuando, siendo niño, estaba enfermo y temía morir, alguna melodía de Mozart vigilaba en mi almohada como una amante... Más adelante, en las crisis de la duda y del decaimiento, una melodía de Beethoven (aún la recuerdo perfectamente) volvía a despertar en mí la vibración de la vida interna... En cada momento en que sentía reseco mi espíritu y mi corazón, tenía el piano cerca y me bañaba en música.*

Temprano comenzó, pues, en el niño, la comunión con el lenguaje sin palabras de la humanidad entera y la victoria sobre la estrechez de la ciudad, de la provincia, de la nación y de los tiempos, por medio del sentimiento comprensivo. La música fue su primera oración a las fuerzas demoníacas de la vida, repetida diariamente en otra forma, y aun hoy, al cabo de medio siglo, son raras las semanas y los días en que no se expresa a través de la música de Beetho-

ven. También le llegó de la lejanía el otro santo de su infancia, Shakespeare; su primer amor colocó al niño, inconsciente ya, más allá de la separación de las naciones. En la vieja biblioteca, entre los cachivaches de un desván, descubrió las entregas de las obras que su abuelo, siendo estudiante en París —en los tiempos del joven Víctor Hugo y de la shakespeareomanía— había comprado y luego arrinconado. Un tomo de grabados empalidecidos, la *Galerie des femmes de Shakespeare*, atrajo la curiosidad del niño con sus rostros extrañamente bellos y encantadores y los nombres mágicos de Perdida, Imogen y Mirando. Pero pronto descubrió, por la lectura, los mismos dramas y penetró, perdido para siempre, en la espesura de los acontecimientos y de las figuras. Permanecía sentado horas enteras en el silencio del galpón solitario, al que sólo llegaba raras veces el ruido de los caballos del establo, o por cuya ventana penetraba el entrechocar de cadenas de una embarcación en el canal. Se hallaba sentado, olvidado de todo y de sí mismo, en una gran poltrona, con el libro admirado que, como el de Próspero, puso a su disposición todos los espíritus del Universo. Disponía delante de sí y en un amplio círculo, una cantidad de sillas con oyentes invisibles: ellos constituían una muralla de su mundo espiritual contra el mundo real.

Como siempre, comenzó en este caso una vida grande con grandes sueños. Su primer entusiasmo se inflamó en lo más grandioso, en Shakespeare y Beethoven, y esa mirada apasionadamente elevada hacia la grandeza, la legó el niño al joven y al hombre. El que ha sentido tal llamado, difícilmente puede quedar encerrado en un círculo estrecho. Ya pronto la escuela de la pequeña villa no logró enseñar nada más al niño con tan grandes aspiraciones. Los padres no se podían decidir a dejar marchar a su hijo solo a la metrópoli, y prefirieron, con desprendimiento heroico, sacrificar la propia y tranquila existencia. El padre renunció a su situación independiente y lucrativa de escribano público, que le había convertido en eje del pueblito, y se convirtió en uno de

los innumerables empleados de un banco de París. Sacrificó todo, la casa familiar desde antiguo y la existencia patriarcal, para poder ser testigo de los años de estudio y de los progresos del niño en París. Toda una familia concentró sus miradas sobre el muchacho, quien conoció así, a temprana edad, lo que otros consiguen sólo en los años de madurez: la responsabilidad.

III. AÑOS DE COLEGIO

El muchacho era demasiado joven todavía para comprender la magia de París: su realidad ruidosa y brutal parecía a ese soñador extraña y casi hostil; un cierto pánico, un horror misterioso por lo sin sentido y por lo desalmado de las grandes ciudades, una desconfianza inexplicable de que allí no todo fuera enteramente sincero y verídico, le acompañó desde esas horas hasta muy adentrada su vida. Sus padres lo enviaron al Liceo de Luis el Grande, el famoso y antiguo colegio ubicado en el corazón de París. Muchos de los más famosos ilustres de Francia se habían contado entre los muchachitos que se veían salir al mediodía de aquel gran pannel del saber, zumbando como un enjambre de abejas. Allí, Rolland fue preparado para la clásica instrucción francesa nacional que debía convertirlo en un *bon perroquet Cornélien*, pero sus verdaderas experiencias estaban fuera de esa poesía lógica, o lógica poética, y sus entusiasmos ardían, desde hacía mucho ya, en la poesía viviente y en la música. En cambio, halló en el banco del colegio a su primer camarada.

Extraño juego del azar: también el nombre de este amigo necesitó veinte años de silencio para su fama, y ambos, los escritores más grandes de la Francia de hoy, que pasaron juntos por el umbral del colegio, penetraron, dos decenios después, casi simultáneamente, a la amplia fama europea. Paul Claudel, el autor de *Annonce faite a Marie*, fue aquel compañero. Ese cuarto de siglo los distanció grandemente en cuanto a su fe y a su espíritu. El camino del uno pasó por la catedral mística del pasado católico; el del otro lo llevó más allá de Francia, al encuentro de una Europa libre. Pero en aquel entonces hicieron juntos todos los días el camino al colegio e intercambiaron, en conversaciones

infinitas y entusiasmándose mutuamente, su temprana ilustración y su pasión juvenil. La constelación de su cielo fue Ricardo Wagner, quien en aquel entonces adquiría un poder mágico sobre la juventud francesa: siempre influyó sobre Rolland únicamente el hombre universal y creador en el más amplio sentido, pero nunca el poeta artificial.

Los años de colegio pasaron volando y sin mayor alegría. El cambio de la villa natal romántica con el París excesivamente real y vivaz fue demasiado brusco, y al principio, el niño sólo sentía casi tímidamente la dureza de la defensa, la indiferencia y el ritmo vertiginoso y arrebatador. La adolescencia se convirtió para él en crisis grave, casi trágica, cuyo reflejo ilumina muchos de los episodios del joven *Juan Cristóbal*. Anhelaba simpatía, calor, elevación y otra vez fue el dulce arte en tantas horas grises su redentor. Su felicidad la constituían —según lo describe bellamente en *Antonieta*— las raras horas dominicales en los conciertos populares, donde la ola eterna de la música elevaba su trémulo corazón de niño. Shakespeare tampoco había disminuido su poder desde que viera con éxtasis y estremecimiento sus dramas en el teatro; al contrario, el adolescente le entregó después íntegramente su alma. *Me sorprendió y me entregué a él como una flor; al mismo tiempo me inundaba como a una llanura el espíritu de la música, Beethoven y Berlioz más aún que Wagner. Tuve que expiar mi entusiasmo. Bajo esas flores desbordantes permanecí como ahogado durante un año o dos. Dos veces fracasé en el examen de admisión de la Escuela Normal, debido a la compañía celosa de Shakespeare y de la música, que me absorbían por entero.* Más tarde descubrió un tercer maestro, el libertador de su fe, Spinoza, cuya obra leyó en una tarde solitaria en el colegio y cuya suave luz espiritual iluminaría para siempre su alma. Siempre los más grandes de la humanidad constituyen sus ejemplos y compañeros.

Fuera del colegio, el camino a la vida se bifurcó entre la inclinación y el deber. Su más vivo anhelo consistía en ser

artista en el sentido de Wagner, músico y poeta a la vez, creador del drama musical heroico. Ya existían en su imaginación algunos poemas musicales, cuyo tema, en contraste nacional con Wagner, pensaba entresacar del mundo de las leyendas francesas y uno de los cuales, el misterio de San Luis, formuló más tarde, aunque sólo con su palabra vibrante. Pero los padres se oponían al prematuro deseo, exigían una actividad práctica y proponían su ingreso a la escuela politécnica. Al fin se llegó a un feliz acuerdo entre el deber y la inclinación; se eligió el estudio de las ciencias filosóficas, la Escuela Normal, a la que Rolland ingresó en 1886, después de haber rendido un brillante examen, y la que dió carácter decisivo a su pensamiento y a su estilo, encauzando su espíritu particular y dando forma definida a su sociabilidad.

IV. ESCUELA NORMAL

Entre campos y praderas abiertas de la Borgoña pasó Rolland su niñez; en las calles turbulentas de París la primera juventud de sus años de colegio. Los años de estudio lo encerraron más estrechamente aún, casi en un espacio sin aire, en el internado de la Escuela Normal. Para evitar toda distracción, los alumnos quedaban allá separados del mundo, alejados de la vida real, a fin de que comprendieran mejor la vida histórica, alejados casi como los jóvenes teólogos del seminario, que Renán ha descrito tan magníficamente en sus *Recuerdos de infancia y juventud*, y como los futuros oficiales de Saint Cyr. Se preparaba en aquel instituto un estado mayor del espíritu, los *normaliens*, los futuros maestros de venideras generaciones. Se heredaba allá un espíritu tradicional y un método probado en resultados fructíferos: los mejores alumnos estaban destinados a desempeñar, en el mismo puesto, las funciones de maestros; una escuela inflexible, que exige dedicación incansable, porque se propone disciplinar el intelecto; pero la pretendida universalidad de la cultura brinda libertad dentro del orden y evita la especialización metódica tan peligrosa sobre todo en Alemania. No es casualidad que los espíritus más amplios y comprensivos de Francia, como Renán, Jaurés, Michelet, Monod y Rolland hayan salido de la Escuela Normal. Aunque la pasión de Rolland tenía por objeto, en esos años, la filosofía —estudiaba entusiastamente los presocráticos y Spinoza—, eligió en el segundo año como materias principales la historia y la geografía. Éstas le brindaron la mayor libertad intelectual, mientras que la sección filosófica requiere el acatamiento del idealismo escolar oficial, y la sección literaria el reconocimiento del ciceronianismo retórico. Esa elección resultó decisiva y beneficiosa para su ar-

te. En provecho de su obra posterior aprendió a considerar la historia del mundo como un flujo y reflujo eterno de épocas, para los que el ayer, el hoy y el mañana significan una sola entidad viviente. Obtuvo una visión conjunta y amplia, y aquella capacidad tan eminentemente suya de avivar lo histórico y de contemplar, a la inversa, el presente, como biólogo del organismo del tiempo y desde un punto de vista cultural. Fue eso lo que su juventud debió a esos años duros. Ningún autor de nuestro tiempo posee, ni remotamente, parecido fundamento sólido de saber real y metódico en todas las materias, y posiblemente sea su misma rapacidad de trabajo ejemplar, su laboriosidad demoniaca, en cierto sentido fruto de aquellos años de reclusión.

En el Pritaneo —la vida de Rolland abunda en tales símbolos místicos— encontró el joven a un amigo, y otra vez fue uno de los futuros espíritus de Francia, otra vez uno que, igual que Claudel y él mismo, sólo entró a la luz de la gran fama al cabo de un cuarto de siglo. Sería una manera de pensar mezquina si se considerase mera casualidad el que los tres grandes representantes del idealismo, de la nueva fe poética en Francia: Claudel, André Suarés y Charles Péguy, hayan sido, precisamente en sus años de colegio decisivos, los camaradas diarios de Romain Rolland y que hayan adquirido poder sobre su nación casi a la misma hora y luego de largos años de oscuridad. Habíase formado allá, en conversaciones y en una creencia misteriosamente ardiente, una atmósfera que no conseguía penetrar en seguida el ambiente del tiempo: sin que ninguno de esos amigos hubiera comprendido claramente la meta —¡en cuán distintas direcciones los llevó su camino!— se afirmó en ellos lo elemental de la pasión, la seriedad incommovible respecto al gran sentimiento universal. Sentían la misión común que consistía en devolver a su nación la perdida fe; sacrificando su vida, renunciaron al éxito y al beneficio, y cada uno de los cuatro camaradas —Rolland, Suarés, Claudel y

Péguy, cada cual desde otro punto cardinal del espíritu— le brindó su exaltación.

A Suarés lo unió, como primero a Claudel, el amor a la música, sobre todo a la de Wagner, y luego la pasión por Shakespeare. *Esta pasión —escribió Rolland cierta vez—, fue el primer lazo de nuestra larga amistad. Suarés era entonces ya lo que ha vuelto a ser hoy, después de haber recorrido las múltiples fases de su carácter maduro y multiforme: un hombre renacentista. Tenía esa alma, esas pasiones impetuosas, e incluso parecía, con sus largos cabellos negros, su rostro pálido y sus ojos ardientes, un italiano pintado por Carpaccio o Ghirlandaio. En una composición escolar, cantó un himno a César Borgia. Shakespeare fue su Dios, tal cual había sido el mío, y a menudo luchamos conjuntamente a favor de «Will» contra nuestros profesores. Pronto se sobrepuso una nueva pasión a aquella por el gran inglés, la invasión escita, el apasionado amor por Tolstoi, sostenido a través de toda la vida. Esos jóvenes idealistas a quienes repugnaba el naturalismo demasiado ordinario de Zola y Maupassant, esos fanáticos que soñaban con abarcar heroicamente la vida, vieron elevarse, por fin, sobre una literatura del propio goce (como las de Flaubert y Anatole France) y del entretenimiento, una figura, un buscador de Dios que revelaba y ofrecía su vida entera. A él dedicaron toda su simpatía. El amor por Tolstoi neutralizaba todas nuestras contradicciones. Cada uno lo amaba, indudablemente, por distintos motivos, porque cada cual se encontraba en él a sí mismo, pero para todos nosotros constituía una puerta que daba al Universo infinito, una revelación de la vida. Como siempre, como desde la primera infancia, la tensión de Rolland tenía su origen exclusivamente en los valores supremos, en el hombre heroico, en el artista fundamentalmente humano.*

En años laboriosos el joven trabajador amontonó en la Escuela Normal libro sobre libro, folleto sobre folleto; ya reconocían sus profesores, sobre todo Brunetière y más aún